

AGGIORNAMENTO BIBLIOGRAFICO ED EPIGRAFICO RAGIONATO SULL'IMPERATORE CLAUDIO

DONATO FASOLINI

Vita e Pensiero, Milán (2006)

Con la maestría de quien tuvo un excelente maestro, F. Millar concibió su más conocida obra —sobre la figura, la imagen y el rol del emperador en el mundo romano— como un *essay in historical interpretation* (Millar, F., *The Emperor in the Roman World (31 BC-AD 337)*, Oxford, 1977, p. XI), es decir, como un decidido acercamiento a toda la documentación disponible como vía para, como afirmaba Polibio (Polib. *Hist.* 1, 2), tratar de reconstruir el cuerpo vivo de, en este caso, la figura imperial, tratar de retratar el discurrir de los acontecimientos históricos que, en definitiva, forjaron la semblanza de dicha institución desde Augusto hasta, al menos, Constantino. Criticado su método en ocasiones (Hopkins, K., «Rules of Evidence», *JRS*, 68, 1978, p. 186) qué duda cabe que —ya casi desde Tucídides y su alegato a favor de la exactitud histórica y del rigor documental (Tuc. *Hist.* 1, 22, 4)— la Historia Antigua ha fundamentado su peculiar verdad histórica en el trabajo sobre las fuentes y, más aun, en el estudio global e interrelacionado de las mismas. En su papel de Ciencia de la Antigüedad, de *Altertumswissenschaft*, como la definía E. Meyer (E. Meyer, *Geschichte des Altertums*, Berlín, 1884, p. 16), la Historia Antigua debe ser, ante todo, un estudio de fuentes. Como ha sentenciado de modo magistral G. Alföldy (Alföldy, G., «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», *Gerión*, 1, 1983, p. 39) es en el trabajo con éstas en el que se juega el verdadero futuro del método historiográfico propio de nuestra disciplina (al respecto también puede verse Bravo, G., «Hechos y teoría en Historia (Antigua): cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación», *Gerión*, 3, 1985, pp. 19-20).

Es por ello que el hecho de que vea la luz un trabajo que retoma la vieja idea historicista de una historia total, hermenéutica, textual, casi empírica (Weber, M.: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, 1951, pp. 150-151) no puede ser sino motivo de satisfacción. Efectivamente, el *Aggiornamento bibliografico ed epigrafico ragionato sull'imperatore Claudio* que propone el joven Donato Fasolini, discípulo de Alfredo Valvo, tiene en la solidez documental una de sus principales virtudes, aunque, como glosaremos en estas líneas, no la única. Concebido como un trabajo de actualización documental —aunque, al final, se convierta en algo más que eso—, Fasolini se erige con él en continuador del viejo aserto de otro gran maestro, el inexcusable A. Momigliano —que, por otra parte, también se ocupó de la figura de Claudio (Momigliano, A., *Claudius the Emperor and his Achievement*, Cambridge, 1961)—, cuando ponderaba la dependencia que nuestra imagen de la historia de cualquier periodo de la Antigüedad tenía de la tradición historiográfica precedente (Momigliano, A., *Contributi alla Storia degli Studi Classici (e del mondo antico)*, Milán, 1955-1975, p. 123). Así, como punto de partida, Fasolini expone —en una brevísima pero clarísima y suficiente introducción (pp. 7-8)— de qué modo la imagen que tenemos del segundo de los monarcas Julio-Claudios está condicionada por los trabajos de A. Garzetti, V. M. Strocka o E. Manni. Sin detenerse apenas en ella, el autor desgrana —a partir del estudio de un material documental que, como él mismo afirma no resulta homogéneo (p. 8) lo que añade, si cabe, más méritos a los resultados que de él obtiene— un poliédrico retrato de Claudio que se detiene desde en su papel como administrador de la *domus Caesaris* (pp. 9-44) a su rol como estadista tanto dentro de Roma (pp. 45-58) como puertas afuera de la *Vrbs* (pp. 59-101). El resultado de ese retrato está, además, a la altura de las rehabilitaciones y revisiones que sobre los *Principes* romanos estamos viendo editadas en los últimos años. A buen seguro que el presente *Aggiornamento* sobre Claudio puede —por enfoque, por calidad y por oportunidad— pasar ya a engrosar no sólo la lista de revisiones biográficas sobre este peculiar *Princeps* romano (al lado de la inexcusable de Levick, B., *Claudius*, Londres, 1990 y del magnífico volumen de Burnand, Y., Le Bohec Y., y Martin, J. P. (eds.), *Claude de Lyon, empereur romain*, París, 1998) sino a convertirse en un hito más de una nutrida literatura de revisión historiográfica sobre los monarcas romanos en la que también nuestro país ha aportado bastante en los últimos años y sirvan como ejemplo los trabajos sobre Nerón o sobre Trajano que han visto la luz recientemente (Fernández Uriel, P., *Nerón, la imagen deformada*, Madrid, 2000; González, J. (ed.), *Trajano, emperador de Roma*, Roma, 2000; o el citadísimo trabajo de Canto, A. M.^a, *Las raíces béticas de Trajano. Los Traii de la Itálica turdetana y otras novedades sobre su familia*, Sevilla, 2002, por citar sólo algunos ejemplos).

Pero el trabajo que aquí valoramos —como se ha dicho— es más que una biografía sobre Claudio o que una simple actualización del material disponible al efecto, material que, por otra parte, el autor ha recogido de forma utilísima en un soberbio índice de fuentes literarias (pp. 235-241) y en una cuidadísima, selecta y muy meritoria bibliografía (pp. 187-221) a la que el autor ha incorporado un *addendum* final (pp. 223-224). De una sólida formación epigráfica —en tanto que colaborador habitual de la revista *Hispania Epigraphica*, de cuyo último número ha

publicado recientemente una soberbia nota en la prestigiosa revista *Epigraphica* (Fasolini, D., «L'undicesimo volume di "Hispania Epigraphica", *Epigraphica*, 68, 2006, pp. 453-456)— Fasolini consagra los —a nuestro juicio— mejor conseguidos y más logrados capítulos de su obra a estudiar aspectos clave en el Principado de Claudio y cuyo estudio sólo podía acometerse desde la peculiar perspectiva con que nos obsequian los documentos epigráficos, capaces de alumbrar aspectos esenciales del pensamiento, la ideología y los valores de la Antigüedad (Millar, F., «Epigrafía», en Crawford, M. (ed.), *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid, 1986, p. 123).

Así, a este respecto, el autor se entretiene en caracterizar la actividad edilicia de este *Princeps* (pp. 101-112), en conectarla con la actividad propagandística y de imagen pública (pp. 113-154) —asunto que, si bien no está exento de controversias, resulta de alusión inexcusable desde el trabajo de P. Zanker (Zanker, P., *Augustus und die macht der bilder*, Munich, 1987)— y concluye, además, planteando algunas cuestiones relativas a la divinización de Claudio (pp. 175-186) sobre las que, como es sabido, no existe unanimidad en las fuentes antiguas (Sen. *Apoloc.* 8, 3; Tac. *Ann.* 14, 31 y Suet. *Claud.* 45 y *Vesp.* 9 especialmente). Es en esos capítulos donde Fasolini no sólo aporta nuevas luces sobre conocidos documentos epigráficos —caso, por ejemplo, de las inscripciones del arco de Claudio en Roma o del amplio repertorio de inscripciones que testifican su preocupación por la edilicia provincial en las *regiones* itálicas— sino que resuelve, desde nuestra óptica, algunos de los interrogantes abiertos por la investigación al respecto. Lo hace, además, con una solvencia y una solidez —especialmente en el manejo de la crítica epigráfica— que auguran, sin duda, numerosos frutos a su labor investigadora que, actualmente, ultima un prometedor estudio sobre un tema tan controvertido como el de las *tribus* de *Hispania*.

En fin, extraordinaria visión de conjunto sobre la figura de Claudio, de edición sobria pero extraordinariamente cuidada y en la que quizás el lector sólo podrá echar en falta un apartado final de conclusiones en el que el autor glosara sus, sin duda, numerosas, interesantes y utilísimas aportaciones a nuestro mejor conocimiento de un emperador, efectivamente, dicotómico, como el propio autor advierte (p. 9) pero, tal vez por ello, digno de un estudio global, integrador e interdisciplinar como el que Fasolini ha llevado a cabo y que, seguro, contribuirá a una mejor caracterización no sólo del emperador objeto de estudio sino, con él, también del modo cómo se fue forjando la institución imperial instaurada por Augusto.

Javier Andreu Pintado
UNED